



HISTORIA DE LA VIDA SOCIAL

JEAN A. MEYER

“La historia social es más bien un proyecto y una manera de ver que una ciencia sólidamente constituida”, escribió Pierre Goubert en la página VII de su tesis; más recientemente ha dicho: “La historia social es una especie de convergencia, una especie de centro que, para mí, representa la historia simplemente.”¹

Precisemos que nuestra ambición es conocer la sociedad mexicana, sus clases, sus grupos y, en fin, la manera como esta sociedad se ha visto a sí misma. Si nos limitamos incluso a la época independiente, y si preferimos de todo este periodo el siglo XX, que nos es más familiar, debemos tener siempre presentes aquellas frases de Octavio Paz que son a la vez hilo de Ariadna y “garde-fou”: “En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entredevoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria.”

Queremos hacer la historia de la sociedad global, estudiar sus elementos constitutivos, individuales y de grupo, así como el encadenamiento de las relaciones que los animan. Pero no olvidamos que lo social está directamente ligado a lo económico, en cuanto que el hombre es productor/consumidor. Lo social penetra en los comportamientos de la vida cotidiana y en las ideologías. He ahí nuestro imperialismo: todo el dominio de la historia. ¿Por qué? Porque hasta la historia más tradicional contiene siempre algo de historia social, historia de los grupos sociales y de sus relaciones entre sí, historia del hombre en cuanto que está integrado a un grupo social. El grupo social, tomado desde un punto de vista antropológico, el más amplio y el más profundo, mantiene relaciones particulares con aquello que es económico y aquello que es mental. Hoy la nueva historia económica, la sociología en pleno auge y la antropología agresiva nos per-

¹ Pierre Goubert, *L'Histoire Sociale, sources et méthodes*. PUF, Paris, 1967, p. 97.

miten estudiar con mayor seguridad las relaciones entre lo económico, lo social, lo mental. Los hechos económicos influyen sobre las estructuras sociales, las ideas, las mentalidades; éstas a su vez los modifican y los transforman. La interacción dialéctica es la regla, y no podemos atrevernos a decir qué viene primero . . .

Lo que voy a decir ahora debe ser entendido como una interrogación y no como una afirmación. Como una invitación, no como una provocación. No se trata de llevar a cabo un balance de lo que se ha hecho —para eso están las bibliografías que son abundantes y están bien hechas, y un buen ejemplo es la de Susana Uribe, *Bibliografía histórica mexicana*—; sino más bien de diseñar un proyecto de investigaciones sobre algunos sectores poco explorados. Y si se quiere ver en ello una decisión de no conformismo, recuérdense las palabras de José Clemente Orozco: “en cuanto alguien diga SÍ, hay que contestar NO, debe hacerse todo a contra pelo y contra la corriente, y si algún insensato propone alguna solución que allane las dificultades, precisa aplastarlo, cueste lo que cueste, porque la civilización misma correría peligro”. Sin ir tan lejos yo pretendería que lo propio de las ideas falsas, mientras señorean, es pasar por evidencias y no ser puestas en duda. En este sentido la regla de la evidencia propuesta por Descartes resulta inútil. La evidencia no es un criterio, sino más a menudo el lugar donde se esconden, bajo una luz aparente, los supuestos más dudosos. En fin, puesto que nosotros hacemos figura de cojos antes los ojos de nuestros colegas más “científicos”, sepamos apoyarnos sobre el “bastón fecundo de la controversia herética”.

Es un verdadero escándalo científico nuestra ignorancia acerca de la estructura social del México histórico. Muy pocos han intentado el examen de esa sociedad. No sabemos cuál fue su desarrollo sobre la tierra mexicana, sus verdaderas estructuras, sus necesidades, sus posibilidades. He ahí el gran tema. ¿Cuáles son los datos fundamentales del problema? El problema consistiría en principio en preguntarse ¿qué es una estructura social?

Mis maestros me han enseñado que en la base de todo se encuentra el hombre concreto. He ahí por donde debe comenzarse. La sociedad es un grupo de hombres. Debemos conocer la persona, la psicología, utilizar la demografía y tener un tinte etnológico para comprender los rasgos de este pueblo.

Cuando todos esos datos hayan revelado sus componentes, podrá abordarse el grupo. Si esos hombres están unidos por ciertas afinidades, estamos frente a una comunidad, tal como nos lo ha mostrado Luis González.² Si esos hombres se hallan encuadrados en algo más rígido, insertos en una cierta armadura, si mantienen entre sí ciertas rela-

² Luis González, *Pueblo en viño: microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México, México, 1968.

ciones institucionales, estamos entonces en presencia de una sociedad. La sociedad se caracteriza por la existencia de instituciones; instituciones que, si pasamos de la estructura a la dinámica, son ligas orgánicas en perpetuo movimiento, puesto que se trata de relaciones entre hombres, entre seres vivos, y de ninguna manera de relaciones algebraicas. La estructura social es una forma, concedido; pero una forma que no podría subsistir si no circulara en ella una vida, mucho más difícil de captar, para nosotros, que la forma misma.

Después de haber considerado las personas y las cosas, elementos de la estructura social, podemos pasar al estudio de las categorías dentro de las cuales evolucionan esos elementos: espacio y tiempo. El geógrafo, al estudiar los lazos entre el hombre y el medio, podrá hacer aparecer relaciones sutiles, correspondencias insospechadas. Y por otro lado, la profundidad temporal deberá mostrarnos esas desarmonías de la vida social tanto tiempo descuidadas por el sociólogo negligente, del espacio y del pasado; permitirá estudiar la psicología de las crisis, de las luchas, de las revoluciones. Esta medida temporal nos dará la dimensión que permita comprender una civilización. La categoría del tiempo encierra las tradiciones del grupo social, aquello que cree llevar unido a sus orígenes, sus costumbres, hábitos canonizados por el tiempo. Hay que tener en cuenta también su memoria colectiva, sus representaciones mentales. Pienso que nadie irá a auscultar un poblado de la Sierra Gorda sin evocar la imagen de la pacificación (no es casualidad que San Luis se llame "de la Paz"), o un poblado de Morelos sin evocar el zapatismo.

Aún más, falta construir la taxonomía de los tipos sociales. Existen tipos cerrados, de estructuras sociales replegadas sobre sí mismas y existen tipos abiertos, ligados al exterior. ¿Cómo explicar al Pueblito (Querétaro) actual, si no se sabe, gracias a José Miranda, que estuvo poblado de otomíes trasladados desde Jilotepec? ¿Cómo explicar el oeste y sudoeste de Michoacán y su historia de los últimos 150 años, tan diferentes por su personalidad y comportamiento de las demás regiones del Estado, si no se sabe que desde el siglo xviii, por lo menos, esa región fue poblada por gente venida de los Altos de Jalisco? Hemos tocado aquí uno de los problemas más importantes, el de las mutaciones en el espacio y en el tiempo. De importancia semejante es el problema de los contactos que se establecen en una región con otras regiones: contactos de mercado, de feria, contactos por peregrinaciones, por la "leva", por la emigración definitiva o simplemente estacional... El problema de los contactos es capital, puesto que la entrada de elementos extraños en las estructuras sociales desquicia las costumbres, mientras que una comunidad aislada, replegada sobre sí misma, continúa viviendo su vida. ¿No es ésta una de las claves posibles del problema de la oposición entre

baja planicie y altiplano, entre el “plan” y los “altos”, “abajos” y “alteños”?

He ahí nuestro método. Véamos ahora los sectores en que deberemos aplicarlo, los menos conocidos, los menos pensados. En algunos casos el tema ha sido tratado abundantemente, pero interpretado apenas. En otros casos la investigación no se ha comenzado siquiera.

Examinaré sucesivamente la historia rural y la historia obrera y capitalista, en cuanto que éstas atañen a estructuras sociales directamente ligadas a la historia económica. Después pasaré a la historia política vista desde nuestro ángulo: las motivaciones sociales de la conducta, fenómenos e instituciones políticas, las relaciones entre la sociedad y las ideologías, el nacionalismo, la violencia, etcétera. De la violencia a la historia militar no hay más que un paso. La “historia-batallas” se verá rehabilitada si nos interesamos en los ejércitos como grupos sociales y como estructuras; un enfoque semejante deberá rehabilitar la veta biográfica. Con la historia religiosa, la historia de las mentalidades y la de las ideas, nos encontramos frente a las superestructuras. Ya llegaremos a ellas. Las bibliografías correspondientes se encontrarán al final del texto.

I. LA HISTORIA RURAL

El siglo xix mexicano fue el gran siglo de disturbios rurales. La de 1911 fue la primera Revolución rural de América latina; la Reforma Agraria el gran acontecimiento del siglo xx mexicano; a pesar de haber concluido la fase militar de la Revolución, la violencia en fermento, esporádica, difusa, no ha cesado en el campo. Si estamos todos de acuerdo en la importancia de estos fenómenos y, por lo tanto, en la importancia del hecho campesino, debemos reconocer que nuestros conocimientos son bastante fragmentarios. La historia rural del siglo xix se encuentra en su infancia. Propiamente hablando no hay una obra que se consagre a este tema, lo cual parece una paradoja frente a la abundancia de literatura agraria, y las referencias abundantes a los precursores y a los movimientos que anuncian la Reforma Agraria. Pero la realidad es que las rebeliones indígenas del siglo xvii y del siglo xviii nos son más conocidas que los movimientos del xix. Los únicos trabajos que existen, y que no son muy recientes, salvo el que prepara Moisés González Navarro,⁸ se refieren a la guerra de castas en Yucatán y a las guerras del yaqui. Es, pues, muy difícil hacerse una idea de la amplitud y del significado de un fenómeno cuya bibliografía es tan restringida. Todos estos movimientos esperan ser estudiados desde el punto de vista clásico antes de que podamos pasar a su análisis, a su clasificación, al

⁸ Moisés González Navarro, trabajo en curso sobre la guerra de castas en Yucatán, problema racial y problema agrario.

estudio de su dinámica. Si los movimientos rurales son poco conocidos, los problemas agrarios se mantienen planteados en términos generales y a menudo superficiales, a tal punto que, aparte de las indicaciones precursoras de Luis Chávez Orozco y de los volúmenes de *Historia moderna de México*, carecemos de una verdadera historia económica y social del siglo xix en la que podamos resituar los movimientos sociales.

Esto es menos cierto para el periodo revolucionario que cubre tradicionalmente los años de 1910 a 1940. Incluso si los historiadores deben sobrepasar obstáculos que no por ser de otro orden son menos considerables, la literatura es abundante aunque a menudo apologética, y siempre más política que social y económica. Se habla mucho de Zapata y de Villa, pero ¿en dónde están los zapatistas y los villistas? Nos interesamos en el carácter heroico de los héroes sin estudiar realmente sus movimientos dentro del contexto socioeconómico.

¿En qué medida las circunstancias, la coyuntura en el más amplio sentido del término, contribuyen a explicar las rebeliones? Podríamos preguntarnos si no son efectivamente el resultado de coyunturas más que de estructuras económicas o sociales. Pero también podemos preguntarnos si no son las estructuras las que imponen su destino a esta historia: el estado de la sociedad, los progresos del naciente Estado moderno, el desarrollo de una industria capitalista. ¿Quién ha tomado la iniciativa de las rebeliones, quién ha comenzado? He ahí el problema de la movilización, problema dinámico y bastante poco conocido.

En el estado actual de nuestros conocimientos, lo único que podemos decir es que se trata de problemas rurales de tipo clásico (antiguo) nacidos del combate desesperado que opone a los pequeños campesinos y a las comunidades contra el neolatifundismo del siglo xix. Combate para proteger los derechos de las comunidades (pero ¿quién podría decirnos el grado de evolución de las comunidades en esta época, la fuerza de la psicología social, de las mentalidades, de las estructuras de las comunidades antiguas? La disgregación, la disolución de esas sociedades está seguramente en marcha, de una manera variable, según las regiones, según las alteraciones producidas por la economía de mercado. Nos gustaría saber qué es lo que sucedió entre 1810 y 1910). Combate para mantener un antiguo tipo de agricultura, combate de retaguardia, o mejor dicho, el fin de un largo combate que no se interrumpió con la Independencia, sino más bien lo contrario, puesto que la Independencia, criolla de 1821 significa la aceleración de la concentración de la propiedad territorial. Hay una continuidad entre el siglo xviii y el xix, la Independencia no es una línea de demarcación, el proceso estaba en marcha desde el momento en que puede hablarse de una racionalización de la agricultura.

El paso de la "hacienda" de tipo antiguo, paternalista, a la nueva exploración agrícola explica la permanencia de la crisis agraria y de

los disturbios. Pero si disponemos de una teoría general, ignoramos casi todo de la realidad económica y social del campo. Si hay confrontación entre dos sistemas agrarios, siendo el primero un fin en sí mismo, una sociedad, una civilización, y el segundo un modo de producción al servicio de la moderna sociedad que se gestaba en las ciudades, y si creemos poder afirmarlo, nuestras teorías se quedan peligrosamente en las nubes. ¿Cuáles son las estructuras económicas y sociales del campo? ¿En dónde predomina la “hacienda”? ¿Y cuál hacienda, la moderna o la tradicional? Queda por hacer el estudio socioprofesional, y no únicamente el de la propiedad bajo todas sus formas, sino también el de la explotación. Cuando este estudio se haya hecho, y sólo entonces, podrá darse un sentido a la Reforma y más adelante al Porfiriato. Creemos ver en la Reforma la alianza de la “pequeña burguesía” (las comillas están ahí para señalar qué poco afortunado es el término) con los neolatifundistas y los caciques regionales contra el clero y los latifundistas del antiguo sistema. Los bienes de las comunidades religiosas y civiles destruidos por la Reforma (es cierto, pero ¿hasta qué punto? ¿qué comunidades lograron mantenerse? ¿cómo evolucionaron las demás? tantas preguntas aún sin respuestas) sirvieron para consolidar la posición de los grandes propietarios y de la pequeña burguesía —pequeña burguesía de abogados liberales que no era más que el ala izquierda del neolatifundismo y para sellar la alianza que convirtió a los campesinos en obreros agrícolas. De la alianza de esos dos grupos sociales, poco o nada conocidos, nació la “paz porfiriana”; de su divorcio en 1910, la Revolución. Es decir, que la historia política no podrá escribirse verdaderamente hasta el día en que dispongamos de esta historia económica y social.

Por otro lado, al parecer, los campesinos no comenzaron el combate en ninguna parte, quedaron a la defensiva. En 1910 la Revolución fue preparada por opositores políticos al régimen, y sólo después de que estalló el conflicto político se sublevaron los campesinos. Los revolucionarios mexicanos, cuyas ideas sobre la vida rural eran bastante sumarias en 1910, fueron conducidos por la fuerza de los acontecimientos a tomar en cuenta las necesidades expresadas por el campo. La anarquía que siguió a la toma de Ciudad Juárez permitió a los campesinos dar a conocer, bajo múltiples formas, su descontento. Los revolucionarios, lejos de haber tomado la iniciativa y expresado las necesidades instintivas de la masa, se plegaron a las iniciativas y reclamaciones venidas del campo. Pero se tomaron su tiempo para ello, puesto que fue necesario toda la obstinación de un Zapata para que en 1915 el carrancismo descubriera al fin el problema agrario.

La participación del campo en la Revolución no será conocida mientras no sepamos cuál era su situación en 1910. Se ha escrito mucho sobre todo esto, pero se ha trabajado poco. Agreguemos a todo lo ante-

rior que no hay campesinado, sino medios rurales diversos, según la geografía que divide al país en grandes zonas agrarias. Todo ello explica la variedad considerable de las condiciones y de las mentalidades rurales. El movimiento campesino no logró casi nunca conquistar todo el territorio, sino que estuvo limitado a una o dos grandes regiones. ¿Porqué?

Cuando estallaron los acontecimientos de 1910 el campo no estaba listo para enfrentarse a una Revolución, y durante el primer momento de la Revolución, del 20 de noviembre a la llegada de Madero a México, no había ni siquiera 50 focos de agitación rural, exceptuando Morelos. Son llamaradas cortas que se apagan en seguida. Sólo más tarde, cuando las autoridades tradicionales desaparezcán, tratarán los campesinos de aprovecharse de la situación. En realidad Madero dispuso de una larga tregua que no supo utilizar, limitándose a tomar medidas simbólicas. El mundo rural, Zapata inclusive (pero no Genovevo de la O), pareció admitir que su situación podía esperar sin reclamar soluciones urgentes, así como el gobierno maderista no pensó en los campesinos ni tampoco la mayor parte de los hombres políticos. Nada de extraño entonces que Zapata en el sur y Orozco en el norte acaben por cansarse y reanuden el combate. Ese combate alimentado de odio de los campesinos (¿cuáles entre ellos?) debía conducir a una recuperación de la Revolución, como crisis permanente, chocará con los diferentes niveles de la sociedad: la edad media, los tiempos modernos, los mundos prehispánicos y la revolución industrial. ¡Qué campo tan hermoso para una historia social!

Después de la derrota de la División del Norte se asiste a una extensión de la anarquía, tan grande que las malas cosechas ligadas a condiciones atmosféricas serán suficientes para hacer de 1917 "el año del hambre". El campo se ve afectado profundamente por esa nueva agitación, mucho más violenta, puesto que el desorden se ha instalado y satisface a algunos. En consecuencia, el deseo de repliegue del campesino hacia los pueblos no hace más que acrecentarse. El pillaje asola al país entero, las destrucciones sin fin son la regla, y Zapata tiene que hacer lo imposible para evitar que sus hombres se conviertan en simples bandidos.

Todo ello explica la preocupación de los Constituyentes de 1917 sobre el problema agrario, problema que deberá reglamentarse antes que nada para calmar a esas masas y restablecer el orden necesario. El objetivo era ganarse a aquellos hombres rurales que según los oradores de la época eran tanto "los apoyos más seguros de la reacción" como los "mejores aliados de la Revolución". Obregón y Calles redactarán, más tarde, un balance poco estimulante de la agitación campesina en el que desempeñan un papel principal los viejos instintos de la envidia, el miedo al cambio, el individualismo, la venganza, el pillaje. Los campesinos se revelaron como el elemento más turbulento y más destructor.

¿Cómo reconstruir el Estado en plena anarquía rural? Tal era el problema de Obregón y de Calles. Ambos supieron resolverlo apaciguando a los campesinos, dividiéndolos, desarmándolos, volviéndolos al trabajo de la tierra que les concedía la Reforma Agraria y, después, apoyándose en los obreros para dar una base política a su poder. Pero ¿cómo fue distribuida esa tierra? ¿quiénes fueron los beneficiarios? He ahí un capítulo que queda por escribirse y que nos explicaría muchas cosas. Resumamos: no sabemos aún quién fue orozquista, villista, cedillista, zapatista; no sabemos quién fue revolucionario (y hay mil y una maneras de serlo), ni quién contrarrevolucionario. Para mostrar la complejidad del problema, y su interés, me permito referirme a los comentarios de Stresser Péan sobre esa huasteca que conoce tan bien. En la huasteca el indio no fue revolucionario. Pobre, sin armas, y a pie, no se abandona fácilmente una familia cuando se es sedentario y menos cuando ni siquiera se habla español. Revolucionario fue el mestizo, “vaquero”, agresivo, móvil, que se aprovechó de la situación para apoderarse de las tierras de los indios.

“Los mestizos famélicos, pero enérgicos, descendidos de las regiones montañosas vecinas, aprovecharon los disturbios y las carencias gubernamentales para imponerse al indígena, las armas en la mano . . . Este último episodio de la conquista de México, viejo solamente de medio siglo, ha dejado un desagradable hedor de violencia y de antagonismo.”⁴ Y si relacionamos todo esto con una frase de Molina Enríquez (“el conflicto entre Madero y Orozco . . . no es más que el enfrentamiento violento entre los intereses de los criollos señores representados por Madero y los de los indios mestizos que Orozco representaba inconscientemente”),⁵ veremos todo lo que se puede ganar al dar profundidad social a los movimientos campesinos de la Revolución.

El periodo cardenista, cuando de manera generalizada y masiva se lleva a cabo la Reforma Agraria, nos es más conocido, lo que no significa que todo esté claro. ¿Qué fue lo que condujo a Cárdenas a seguir esa política? ¿El factor determinante es su personalidad, la coyuntura económica mundial, la necesidad política o las presiones de los mismos campesinos? ¿Los campesinos son movilizados o se movilizan espontáneamente? ¿Quiénes son los agraristas y qué significa el antagonismo sangriento que los opone a menudo a los otros campesinos? En fin, ¿qué es el sinarquismo? ¿en dónde recluta a sus partidarios y por qué tiene seguidores, al menos por algún tiempo?

Es cierto que los campesinos fueron el motor de la Revolución, pero falta hacer el cuadro de esas rebeliones permanentes contra un lati-

⁴ Guy Stresser Péan, “Les problèmes agraires de la Huasteca”, *Problèmes agraires des Amériques Latines*. CNRS, Paris, 1967, p. 207.

⁵ Andrés Molina Enríquez, *Historia de la Revolución agraria en México*, México, 1963. vol. v, p. 65.

fundismo persistente al que arrancarán poco a poco una Reforma Agraria. Existen, por un lado, esos disturbios continuos y sordos, una violencia cotidiana y poco espectacular, guerra de desgaste que continúa mucho más allá del fin de la Revolución armada, y por el otro, llamadas violentas.

Todo ese capítulo, lo que podríamos llamar ambiciosamente una problemática de la historia social del campo, está subyacente en las reflexiones que inspira el libro ejemplar de Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, crónica de una comunidad largo tiempo replegada sobre sí misma y abierta brutalmente al mundo exterior por la Revolución. Luis González nos obliga a reflexionar sobre numerosos problemas y a replantear cuestiones que esperan una respuesta.⁶

⁶ Bibliografía de trabajos recientes:

Almada, Francisco R., *La Revolución en el Estado de Chihuahua*. México, 1964 y 1965, 2 vols.

Beltrán, Enrique, "Fantasía y realidad de Pancho Villa", *Historia Mexicana*, xvi, 1, julio-sep. 1966, p. 71-84.

Berzunza Pinto, Ramón, *Guerra social en Yucatán*. México, 1965.

Chávez Orozco, Luis, "Servidumbre y peonaje", *Historia y Sociedad*, núm. 6, 1966, pp. 30-39.

Durán, Marco Antonio, *El agrarismo mexicano*. Siglo XXI, México, 1967.

Gamiz Olivas, Everardo, *La Revolución en el Estado de Durango*. México, 1963.

Gill, Mario, *Sinarquismo, origen y esencia*. México 1962.

Gómez, Marte R., *La Reforma Agraria en las filas villistas, años de 1913 a 1915 y 1920*. México, 1966.

González Navarro, Moisés, "Instituciones indígenas en el México Independiente", *Métodos y resultados de la política indigenista en México*. México, 1954, pp. 113-169.

González Navarro, Moisés, "Zapata y la Revolución Agraria mexicana", *Cahiers du monde Hispanique et Luso Brésilien (Caravelle)*, ix, 1967, pp. 5-31.

González Navarro, Moisés, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la Reforma Agraria Mexicana*. México, 1968.

González Navarro, Moisés, "La guerra de castas en Yucatán y la venta de mayas a Cuba", *Historia Mexicana*, xviii, 1968, pp. 11-34.

González Ramírez, Manuel, "La Revolución Social en México", *El problema agrario* (III). México, 1966.

González Roa, Fernando, *El aspecto agrario de la Revolución Mexicana*. México, 1919, vol. 3, pp. 2-120.

Horcasitas, Fernando, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria nahuatl de Milpa Alta*. UNAM, México, 1968.

Jaramillo, Rubén y F. Manjarrez, *Autobiografía y asesinato*. México, 1967.

Lcdit, Joseph, *El frente de los pobres*. México, 1957.

Mendieta y Núñez, Lucio, *El problema agrario de México*. México, 1966.

Mendieta y Núñez, Lucio, *Introducción al estudio del problema agrario*. México, 1966.

Meyer, Jean A., *Guadalajara et sa region: pour une étude de la personnalité du Jalisco*. CNRS, Paris, 1968, 25 pp.

Meyer, Jean A., "Movimientos campesinos y problemas agrarios, 1810-1968", reporte preparatorio para el Congreso de Historia Económica y Social de Moscú (1970), mimeografiado, 33 pp.

II. OBRERO, INDUSTRIA Y CAPITAL

La historia del movimiento obrero espera a sus historiadores; y aquí, más quizás que en otras zonas, los conocimientos económicos previos son indispensables para el conocimiento de lo social. El siglo xx ha visto agruparse a los hombres, reunirse bajo rasgos fundamentales de su situación y de su condición, capaces o no —el historiador no puede aún decirlo— de tomar conciencia de sus semejanzas, si no de su comunidad de clase. Tenemos necesidad de una buena historia económica del porfiriato y de la Revolución para conocer el clima, las bases de las distinciones sociales, las fuerzas respectivas de las diversas clases. Y ¿quién será el historiador audaz que sitúe en términos de clases a la sociedad mexicana en el curso de los tiempos? El movimiento obrero realiza sus selecciones, adopta sus tácticas en función de su propia organización, de su grado de evolución, de sus fuerzas, pero siempre dentro de los límites que le imponen las estructuras económicas y la coyuntura.

Burguesía de empresa, obreros de fábrica, nacen en México al mismo tiempo condenados a desarrollarse paralelamente. El crecimiento obrero responde al crecimiento económico, es fruto del éxito capitalista. Es necesario entonces conocer seriamente los medios de producción, su desarrollo y su control. En 1910 nos impresiona la debilidad numérica de los obreros, que son menos que los artesanos, nos impresiona también el hecho de que son los capitalistas europeos y norteameri-

Meyer, Jean A., "El ocaso de Manuel Lozada", *Historia Mexicana*, vol. XVIII, núm. 4, abril, 1969.

Montejano y Aguiñaga, Rafael, *El Valle de Maíz*. México, 1967.

Navarete, Heriberto, *El voto de Chema Gutiérrez relato de ambiente cristero*. México, 1964.

Peña, Moisés T. de la, *El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la Reforma Agraria en México*. México, 1964.

Puente, Ramón, *Villa en pie*. México, 1966.

Sierra, Carlos J., "Zapata, señor de la tierra, capitán de los labriegos", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, 13: 361 (supl.), México, 1967.

Silva, Herzog, Jesús, *El agrarismo mexicano y la Reforma Agraria, exposición y crítica*. México, 1959.

Silva Herzog, Jesús, *La cuestión de la tierra* (4 vols.)

Sinarquista, Pedro, *Pedro Sinarquista, novela popular Histórica de la Unión Nacional Sinarquista*. México, 1959.

Stavenhagen, Rodolfo, "Social aspects of agrarian structure in México", *Social Research*, xxxii, 1966, pp. 463-485.

Torre Villar, Ernesto, "Algunos aspectos de las cofradías y la propiedad territorial en Michoacán". *Jahrbuch für Geschichte von Straat., Wirtschaft. Und Geselleschaft Lateinamerikas*, iv. Colonia 1967, pp. 410-439.

Vilanova, Antonio, *Muerte de Villa*. México, 1966.

canos quienes crearon la industria mexicana y en consecuencia también su proletariado obrero. Ese joven proletariado, poco numeroso, empleado por poderosas empresas extranjeras, ¿no experimenta acaso un sentimiento de debilidad que lo empuja a buscar protectores, a someterse al gobierno? La pequeña masa proletaria había nacido poco tiempo atrás, insegura de sí misma y poco consciente de sus problemas. Los verdaderos obreros llevaban tras de sí apenas diez años de fábrica. Su debilidad explica que hayan puesto sus esperanzas en el Estado. Su juventud explica que sus líderes sean extranjeros o que pertenezcan al viejo grupo obrero, semejante por su composición y estilo al de la Europa de 1848. Desde entonces el movimiento será fuertemente nacionalista y el odio al patrón se dirigirá más contra el extranjero que contra el capitalista. ¿No será acaso este nacionalismo la causa de la derrota final de la *International Workers of the World* y de los comunistas, dirigidos también por extranjeros, cuando después de 1921 se enfrentan también al nacionalismo de los obreros? Son estas otras tantas hipótesis, no afirmaciones, que hemos creído poder extraer de la literatura existente, de las memorias de los líderes y de la prensa de la época.

El obrero acaba de nacer apenas cuando, surgiendo de las ciudades que tienden a la creación de un mercado nacional y de los países industriales que procuran integrar a México a los mercados internacionales, se inicia el despegue del crecimiento económico. De 1910 asistimos al auge de la gran industria capitalista y a la declinación paralela del taller y del paternalismo social. La fábrica-industria toma el lugar de la fábrica-taller. El buen estado de las máquinas no impide un número elevado de accidentes debidos a la torpeza y a la ignorancia de los trabajadores, justificaciones ambas que servirán para mantener bajos los salarios. La mayor parte de las fábricas utilizan mano de obra mal remunerada, y peor remunerada aún después de 1905, cuando la situación obrera sufre la coyuntura económica internacional. Entre la sociedad rural y el mundo obrero se encuentra una multitud intermedia y mal conocida que trabaja de manera discontinua y abarca a artesanos rurales, mineros que a menudo son también campesinos y que forman la legión de los trabajadores temporales de la industria. Este sector inestable permite que se eviten concentraciones de desocupados en las ciudades durante los malos años que siguen al pánico de Wall Street de 1907 y la recaída de 1911.

¿Qué sucede durante la Revolución armada? ¿Qué sucede con la industria? ¿Qué resultados obtienen los esfuerzos de reconstrucción de Obregón y de Calles? ¿Cuál es el impacto de la crisis de 1929? ¿Cuáles son los frutos del plan de Calles, destinado a poner remedio a la crisis? ¿Cuál es el balance de la política económica cardenista? Preguntas todas difíciles de contestar en el futuro inmediato y cuya respuesta, sin embargo, es indispensable si queremos conocer al prole-

tariado mexicano y comprender la trayectoria política del movimiento obrero.

Y si pasamos de los medios de producción a los ingresos, puesto que en el edificio económico es donde toman cuerpo las diferentes clases sociales, nos enfrentamos al problema del estudio de los beneficios y de los salarios. Reparticiones, movimientos, correlaciones, rentas, provechos, utilidades, beneficios y salarios, hace mucho tiempo que Ricardo y Marx mostraron que su conocimiento es condición previa al análisis social. El *beneficio* escapa a la investigación por razones que sería inútil repetir, y el único salario que nos interesa, el salario real, el verdadero salario social que nace de la confrontación entre salario nominal y costo de la vida, no lo tenemos aún a nuestra disposición. De todas formas, aunque supiéramos la evolución del salario real desde 1880, no sabemos nada serio acerca de la extensión y de las fluctuaciones de la desocupación. Esta ignorancia, tanto como la de la desocupación y subempleo rural, es un pesado *handicap* en el conocimiento social de los siglos xix y xx. Insistir en el hecho de que las distinciones sociales reposan sobre criterios económicos no significa una reducción de lo social a lo económico. La historia social se hace con las relaciones entre elementos mensurables y elementos no mensurables, de ahí su dificultad. Si los grupos sociales tienen un alma, hay sentimientos sociales que son propios de los grandes grupos, de las clases, como por ejemplo el miedo de quienes poseen. ¿En dónde buscar los orígenes de esas ideas, de esos sentimientos, sino en las diferencias económicas entre las clases? ¿Quién se atrevería a negar que el conocimiento de esos fundamentos económicos (fortunas, ingresos, niveles de vida) es insuficiente para el conocimiento social completo? De ahí el interés del análisis social, que reagrupa los factores, los mecanismos aislados por el análisis económico previo, análisis económico que es condición de inteligibilidad, único medio para alcanzar una explicación si no queremos quedarnos condenados a la sola descripción. El análisis económico es de todas maneras indispensable si queremos evaluar las relaciones de fuerzas respectivas entre los grupos sociales. El poder económico es, para la clase que lo posee, el poder supremo. La historia social de los siglos xix y xx presenta esta profunda laguna. ¿Qué sabemos del poder económico de los liberales, de los conservadores, suponiendo que formen grupos sociales diferentes? ¿Qué sabemos del poder económico de los científicos? ¿Qué de los grandes hacendados, de la gran industria, de la banca? ¿Qué sabemos, de todo esto, en particular entre los años de 1880 a 1930 y de 1940 a 1968? 90 años de crecimiento capitalista y de poder efectivo de la gran burguesía que se nos escapan, aunque el avance sea más rápido (relativamente) en el conocimiento de las clases dirigidas que en el de la clase dirigente.⁷

⁷ Bibliografía:

III. LAS MOTIVACIONES SOCIALES DE LA HISTORIA POLÍTICA

Que la verdadera historia política se encuentra estrechamente ligada a la historia social queda probado sin ambigüedades por el movimiento

- Banco de Londres y México, *Cien años de banca en México*. México, 1964.
- Bazant, Jan, "La desamortización de los bienes corporativos de 1856", *Historia Mexicana*, xvi: 2, pp. 193-212.
- Brothers, D. y Solís Leopoldo, *Mexican Financial development*. Austin, 1966.
- Calderón, Esteban, *Juicio sobre la guerra yaqui y génesis de la huelga de Cananea*. México, 1966.
- Carmona, Pedro, "Reflexiones sobre el desarrollo y la formación de las clases sociales en México", *Cuadernos Americanos*, sept. 1967, pp. 89-119.
- Carrera Stampa, Manuel, "Fuentes para el estudio de la estratificación social y las clases sociales en México", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxiv: 5. México, 1965, pp. 30-55.
- Cerda Silva, Roberto de la, *El movimiento obrero en México*. México, UNAM, 1961.
- Chapoy, Bonifaz, *El movimiento obrero y el sindicato en México*. México, 1961.
- "Cincuentenario de los batallones rojos del ejército constitucionalista", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxix: 1. México, 1965, pp. 92-106.
- Documentos Históricos de la CTM 1936-1941*. México, s. f.
- Elizondo, J. M. y López Malo, Rafael, *La derrota de la clase obrera mexicana*. México, 1953.
- Fuente, Julio de la, *Las clases sociales en México*. México 1960.
- García, T., *Los mineros mexicanos* (2da. ed.) 1968.
- Gill, Mario, "Veracruz, revolución y extremo", *Historia Mexicana*, viii, 1953, pp. 618-636.
- López Aparicio, Alfonso, *El movimiento obrero en México: antecedentes, desarrollo y tendencias* (2da. ed.), México, 1958.
- López Cámara, Francisco, *La estratificación económica y social en México en la época de la Reforma*. Siglo xxi, México, 1967.
- Medina Salazar, Lino, "Albores del movimiento obrero en México", *Historia y Sociedad*, iv. México, 1965, pp. 56-68.
- Meyer, Jean A., "Les ouvriers dans la révolution: les bataillons rouges", *Anales, economies, societes, civilizations*, (próxima publicación), 35 pp.
- Montes Rodríguez, Ezequiel, *La huelga de Río Blanco*. Río Blanco, 1965.
- Neymet, Manuela de, "El movimiento obrero y la Revolución Mexicana", *Historia y Sociedad*, iii. México, 1967, pp. 56-73.
- Ochoa Campos, Moisés, *La Revolución Mexicana, sus causas económicas*. México, 1966.
- Olivé Negrete, Julio y Barba de Piña Chan, Beatriz, "Estudio de las clases sociales en la ciudad de México, experiencias con un grupo obrero", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, xiv: 43. México 1961-62, pp. 219-281.
- Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. México, 1962.
- Rodea, Marcelo, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero*. México, 1944.
- Salazar, Rosendo, *La Casa del Obrero Mundial*. México, 1962.
- Salazar, Rosendo, *Historia de la lucha proletaria en México 1930-1936*. México, 1956.
- Tavera, Xavier, "Consecuencias económicas de la intervención", *Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, cien años después*. Asociación Mexicana de Historiadores. I. F. A. L., México, 1965, pp. 71-82.

obrero mexicano. Se ha podido pronunciar la palabra "oportunismo" para calificar la línea política del movimiento obrero. Vemos efectivamente que sus dirigentes abandonan muy pronto la intransigencia anarquista de los años 1910 a 1914 en favor de un "posibilismo" cotidiano. La clarividencia no les hace falta. Ven que el proletario, si existe (y es la historia social la que habrá de decirlo), no posee ninguna conciencia de clase (¿por qué?, hemos adelantado ya algunas hipótesis socioeconómicas) y no puede convertirse espontáneamente en revolucionario. Por esta razón abandonan el anarcosindicalismo y deciden que una pequeña minoría, formada por las élites sindicales, conducirá al movimiento obrero. De 1910 a 1918 el movimiento obrero pasa por una serie de fluctuaciones, fases de hostilidad hacia el Estado seguidas de fases de colaboración. Colaboración que se adopta definitivamente en 1918 durante el Congreso de Saltillo, organizado por las autoridades. ¿Por qué esta fascinación por el Estado? ¿Por qué esta estrecha dependencia, querida conscientemente y efectivamente buscada? ¿Habrá que ver en ella una herencia hispánica del Estado como fuente de ley y principio de autoridad, al servicio del bien común, al no poder ser el instrumento de dominación al servicio de una clase? O bien, ¿habrá que encontrar en ella el resultado de las estructuras sociales del proletariado? La colaboración, el socialismo de Estado, la influencia mutua entre ambos compañeros ¿no son en sí mismas una consecuencia de su posición social y política y por lo mismo de la situación del proletariado dentro de la sociedad? Los obreros no pueden nada por sí solos y lo saben perfectamente. Cuando Rosendo Salazar critica a Morones, precisa: "en menos de un año, Morones nacionalizó a la CROM, lo que ciertamente no le reprochamos, puesto que pensamos todavía hoy que en eso tenía razón. . . el trabajo ajusta sus demandas a las leyes del Estado, quien lo protege de los abusos patronales".⁸

Esta sumisión en tutela de la clase obrera se explicará bien el día que conozcamos la composición social del proletariado, sus fuerzas y sus debilidades. Explicar todo por el papel de los líderes obreros no es satisfactorio, aunque exista, en ello una parte de verdad. La Revolución constitucionalista pudo así, con éxito, incorporar la población urbana obrera a la burocracia gubernamental.

Esto que hemos tratado de adivinar para el mundo obrero, esta relación estrecha entre lo social y lo político, podría hacerse para muchos otros problemas: el del caciquismo como estructura política de base, el de la violencia como sistema permanente, el del nacimiento del nacionalismo, fenómeno reciente y estrechamente ligado a la historia económica, como lo prueba el caso del petróleo mexicano y de su nacionalización por Cárdenas. "El poder y la riqueza de las grandes compañías no tardó en herir el amor propio de las poblaciones nacionales

⁸ Rosendo Salazar, *Líderes y sindicatos*. 1953, p. 14 y p. 82.

y más tarde vino a suscitar sus reivindicaciones y a servir de catalizador al país que así podía —según el dicho de Ranke— ‘darse el sentimiento de su ser’. Bajo esa luz, justamente, convicne juzgar la nacionalización mexicana que se convirtió en el símbolo de la independencia económica del país.”⁹

IV. LA HISTORIA MILITAR

La historia militar ha sufrido injustamente el descrédito de la tradicional “historia-batallas”. Pero la historia militar es mucho más que eso. Por una parte es un aspecto del fenómeno social y político de la violencia, y por la otra, el campo de acción de esos grupos sociales que son los ejércitos, y que es necesario estudiar en sus dimensiones, organización, funcionamiento, jerarquía, espíritu, etcétera. Los ejércitos son solidarios del medio económico y social en que han nacido, y su análisis enseña mucho sobre ese medio. Las guerras del siglo XIX, desde el bandolerismo de los platcados hasta las guerras de Reforma y del Imperio, las guerras del siglo XX, la Revolución (extraordinario elemento militar difuso) han sido insuficientemente estudiadas, y prácticamente no se conoce nada desde el punto de vista que nos interesa. Se hace necesario, además, examinar la guerra como un instrumento ambiguo, a la vez de preservación cultural y de integración nacional. En México, cada guerra es a la vez civil e intercultural; lo prueban la guerra de castas, las guerras yaquis, las guerras juchitecas, el zapatismo, la rebelión cristera.

En un artículo sobre Lozada¹⁰ traté de mostrar todo lo que puede concluirse de la historia militar al analizar la batalla de la Mojonera, a las puertas de Guadalajara, el 28 de enero de 1873. Esta batalla muestra efectivamente cómo la derrota no se debió a un hombre,

⁹ Bibliografía:

Casas Borja, Lidia, *Causas de la Revolución de la Acordada*. UNAM, México, 1965.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México*. México 1967.

Jiménez Moreno, Wigberto, “Puebla como recuperación del orgullo nacional”, *Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, cien años después*. México, 1965, pp. 51-5.

Langle R. Arturo, “Porfirio Díaz y la agitación popular”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, II, 1967, pp. 157-66.

Pérez Maldonado, Carlos, “La pugna Juárez-Vidaurre”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxxix: 1, 1965.

Segovia, Rafael, “El nacionalismo mexicano: los programas políticos revolucionarios 1929-1964”, *Foro Internacional*, VIII, 1968, pp. 349-359.

Wionczek, Miguel, *El nacimiento mexicano y la inversión extranjera*. México, 1967.

¹⁰ Jean Meyer, “El ocaso de Manuel Lozada”, *Historia Mexicana*, XVIII: 4, 1969.

Lozada, que ya había vencido ejércitos de línea superiores numéricamente, sino al propio carácter de sus tropas. Los acontecimientos militares revelan las debilidades estructurales del movimiento de Lozada.

A pesar de los numerosos trabajos publicados acerca del zapatismo, poco se ha dicho sobre el reclutamiento y las actividades de su ejército. Sin embargo, lo que podemos concluir al respecto es ya apasionante. La democracia extrema del movimiento zapatista realizaba un viejo ideal utópico de asociación libremente consentida de clanes rurales, y el ejército de Zapata era una liga armada de municipalidades. La democracia extrema trae en consecuencia la aversión a la disciplina. Cada jefe, cada soldado podía seguir su propio camino un día y otro. Yo creo que es muy reveladora la ausencia de un uniforme entre los zapatistas, y personalmente vería en ello una afirmación de civilismo igualitario. El individualismo que destila conduce al oportunismo militar y político, al bandidaje, al aventurerismo. Tanto la estrategia como la táctica revelan siempre una mentalidad que es, a su vez, proyección de un cuerpo social. Cuando se concierta la alianza con Villa, los zapatistas no muestran ningún ardor por batirse para conservar Puebla, posición estratégica esencial, cuyo control permite a Obregón lanzar su campaña victoriosa contra Villa, desdeñando al enemigo zapatista. ¿Es esto una manifestación concreta de lo que Azcárate llama el "parroquialismo" del movimiento? ¿Qué otra visión podrían tener campesinos que producían para comer y estaban condicionados por el aislamiento cultural que ese género de economía impone a la comunidad?

Sabemos poco acerca de los ejércitos, de las partidas zapatistas, fuera de generalidades; pero sabemos mucho menos de los ejércitos de Orozco y de Villa, de las tropas de Peláez, de la gente de Inés Chávez García o de los serranos de Meixueiro, casi nada sabemos acerca del ejército federal.

Para terminar digamos que cada región tiene una guerra muy propia. Estas son un producto local, como lo son el maíz y el frijol.¹¹

¹¹ Bibliografía:

Almada, Francisco R., "La división de operaciones", *Humanitas*, 9, Universidad de Nuevo León, 1968, pp. 431-455.

Casasola, Gustavo, *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*. (4 vols.) 1960. (reed).

González Ramírez, Manuel, "La muerte del general Zapata y la práctica de las emboscadas", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 11 1967, pp. 211-247.

Langle Ramírez, Arturo, "El significado de la toma de Zacatecas", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 1, 1965, pp. 125-134.

Langle Ramírez, Arturo, *El ejército villista*.

Lozoya, Jorge A., "Un guión para el estudio de los ejércitos mexicanos del siglo XIX", *Historia Mexicana*, xvii, 1968, pp. 553-568.

V. BIOGRAFÍAS

La biografía, como la historia militar, es un pariente pobre entre las diversas ramas de la gran familia histórica; y sin embargo, ¡qué erróneamente! ¡Qué daríamos por tener buenas biografías de los grandes personajes, desde Iturbide a Lombardo Toledano, pasando por Santa Ana, Miramón, Tomás Mejía, Juárez, Porfirio Díaz, Obregón, Calles, Cárdenas, para no citar más que a algunos! El individuo histórico, lo mismo el típico, que el excepcional, es el reflejo de una colectividad, y su actividad, la expresión definida de una necesidad general. De ahí que la personalidad y el grupo formen un todo indisoluble, y que el destino individual aparezca como el desarrollo de una personalidad y su respuesta a las presiones del medio circundante. La psicología social enseña que no puede aislarse una personalidad del grupo que la estrecha, y la recíproca no es menos cierta, lo que nos obliga a llevar a cabo un zig-zag constante de lo colectivo a lo personal. Dos grandes capítulos nos esperan, el de la vida de las grandes personalidades, en el que podemos analizar con precisión suficiente el comportamiento individual, y el de la vida de un individuo cualquiera, investigación mucho más ardua, sobre todo a medida que remontamos el pasado. Estos estudios biográficos darán mucho a la historia social, que no estará ya simplemente asociada, sino subordinada a la economía, y será mucho más rica y mucho más profunda.

La extraña personalidad de Santa Ana merece una revisión de un proceso y nos parecerá más comprensible ahora que hemos conocido a ciertos líderes carismáticos del Tercer Mundo. Más cercano a nosotros, Obregón espera todavía su biógrafo, y valdría la pena interesarse por él en cuanto que representa el oportunismo en su sentido de inteligencia política que, consciente del estado de la sociedad mexicana, escoge en consecuencia a sus aliados. Obregón supo meditar sobre la agitación campesina y concluir que para recuperar el desarrollo económico era necesario apoyarse en los obreros para lograr una base política urbana que permitiera vigilar a la reacción en las ciudades y someter al campo, apaciguar a los campesinos dándoles la tierra. Obregón supo plegarse a las necesidades del momento sin perder de vista sus objetivos finales. Es a él a quien se deben los artículos favorables a los obreros en la Constitución de un país que carecía de obreros, y cuya aplicación

Lozoya, Jorge A., *El proceso de despolitización del ejército mexicano* (tesis). El Colegio de México, 1966.

Fernández de Velasco, Manuel, "El militarismo en la vida del mexicano hasta 1955", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, II, 1967, pp. 97-113.

Sánchez Lomego, Miguel, *Historia militar de la Revolución Constitucionalista*. (4 vols.) México, 1956-57.

Ramírez Flores, José, *El gobierno insurgente en Guadalajara*. Guadalajara, 1969.

hizo de los obreros de la CROM una verdadera aristocracia. Pero fue él quien, al mismo tiempo, después de los motines obreros de 1922-1923, aceleró la distribución de la tierra para obtener el apoyo del campesinado.

Todavía más interesante resultará la biografía de Calles, el hombre de las grandes decisiones, y que aún hoy, a más de 40 años de distancia, sigue determinando la suerte del país. De él sabemos casi nada; sigue siendo una Esfinge.

Nos hace falta también una biografía ejemplar de los jóvenes intelectuales que no tenían ni la edad ni la posibilidad de participar en la Revolución armada de 1910, a 1920, y que luego prestaron sus servicios a los gobiernos de la reconstrucción y de la institucionalización. El intelectual se volvió entonces el consejero de Obregón, de Morones (otro que merece su biografía), de Cárdenas, y se embarcó en una tarea inmensa, abarcadora de la política, de la vida económica, de la instrucción pública, etcétera. Nada más original que su situación, sobre todo si, como dice Octavio Paz, tuvieron que hacer del compromiso un estilo de vida y un arte para no perder sus posiciones materiales e ideológicas.

Hemos sido breves sobre este tema, pues una de las sesiones de la Tercera Reunión está dedicada a la historia biográfica, pero quise referirme a él para mostrar su profundidad social.¹²

¹² Bibliografía:

Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*. México, 1967.

Cosío Villegas, Daniel, "Sebastián Lerdo de Tejada, mártir de la República Restaurada", *Historia Mexicana*, xvii, 1968, pp. 169-199.

Cosío Villegas, Daniel, "Juárez", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, p. 338-1967.

Fuentes Mares, José, *Y México se refugió en el desierto: Luis Terrazas, historia y destino*. México, 1954.

García Naranjo, *Memorias de García Naranjo*. (7 vols.). Monterrey, 1962(?).

Guzmán Esparza, Roberto (ed), *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*. México, 1957.

Hernández Rodríguez, Rosaura, *Ignacio Comonfort, trayectoria política* (documentos). México, 1957.

Liceaga, Luis, *Félix Díaz*. México, 1958.

Mena, Mario, *Un clérigo anticlerical*. México, 1958.

Morales Jiménez, Alberto, *Hombres de la Revolución: 50 semblanzas biográficas*. México, 1960.

Rojas, Basilio, *Un gran rebelde, Manuel García Vigil*. México, 1966.

Semo Caley, Enrique, "El gobierno de Obregón, la deuda exterior y el desarrollo independiente de México", *Historia y Sociedad*, II, 1965, pp. 25-48.

Suárez G., Ignacio, *Carranza, forjador del México actual*. México, 1966.

Teja Zabre, Alfonso, *Vida de Morelos*. México, 1959.

VI. HISTORIA RELIGIOSA

Dentro del gigantesco drama de la historia, la religión comparte con la economía y la política el papel central. Pero ¿sabremos medir las fuerzas que presenciamos? Todos juzgan con seguridad sobre cuestiones religiosas que no han sido científicamente estudiadas, mientras que la sociedad católica “desempeña un papel tan importante que uno puede preguntarse cuál otro podría preferir un sociólogo que quisiera conocer todos los aspectos de la vida nacional” (Gabriel Le Bras). Toda religión encarna en una sociedad, y es indispensable establecer la relación entre la coyuntura social y las vicisitudes de la historia religiosa. Un programa como éste debería comenzar por la anatomía histórica de los fenómenos religiosos, de los catolicismos y protestantismos mexicanos y de todas las otras manifestaciones de religiosidad, como el espiritismo, por ejemplo. Aquí todavía sería posible avanzar rápida y eficazmente utilizando todos los artículos, todas las informaciones existentes, los archivos de la Iglesia y del Estado. Todo ese material podría reunirse e interpretarse de manera sistemática según el siguiente plan:

- a) Los marcos humanos: clero y cofradías;
- b) Actividad cultural y sacramental;
- c) Religión doméstica y vecinal;
- d) Generosidad temporal;
- e) Moralidad familiar, económica y social;
- f) Oposiciones a la Iglesia y al cristianismo (la historia de la masonería no se ha hecho a pesar del interés que ofrece);
- g) El estudio de la crisis. Crisis en el interior de la Iglesia, ataques contra la Iglesia venidos del exterior.

Sería importante puntuar sobre un mapa los lugares en que se manifiesta el anticlericalismo y saber si éste es mestizo, urbano, rural, norteño, particular o de clase. De cualquier forma, no existe en este terreno ningún absoluto. Hay un anticlericalismo del pueblo cristiano que nada tiene que ver con el anticlericalismo de los enemigos del cristianismo. Si el anticlericalismo rural incluye a toda una serie de matices, por su naturaleza o por sus manifestaciones, el anticlericalismo urbano no parece ser menos difícil de definir. Por lo menos, mientras no conozcamos exactamente el reclutamiento sociológico de los conservadores y de los liberales. En el siglo xx, son las mismas clases medias las que forman la armazón del nuevo anticlericalismo y las que suministran los apoyos más ardientes a la ortodoxia católica. Todo ello queda por estudiarse, según las épocas, según las regiones, y habrá

que multiplicar las monografías dentro del cuadro de las diócesis mismas y descender hasta las parroquias.

Sólo descendiendo a ese nivel podremos tener una idea de la fe, de la práctica, de las conductas del pueblo. Ese catolicismo débilmente intelectual (no tendremos de su fe dogmática más que testimonios indirectos: indiferencia a las herejías, al protestantismo . . .), pero lleno de confianza hacia el milagro, como lo muestran narraciones y leyendas, nos es bastante desconocido. Para medir el ardor patético y la gran fuerza de esos sentimientos tenemos que impulsar el estudio cuidadoso de los expedientes parroquiales y diocesanos.

Un corte histórico interesante, que resulta del libro ya citado de Luis González, podría ser el de los años 1850-1870. Antes la Iglesia se encuentra en plena crisis; después, el evangelio se predica, se practica nuevamente. El obispo Munguía representa la toma de conciencia de la crisis y el principio del despertar, en el umbral de dos épocas. Se trata, en efecto, de un despertar, más que de una reconquista. Por vez primera la instrucción religiosa se propaga con un método: todas las diócesis tendrán un seminario, y la ciencia nueva del clero se mantendrá *por medio de conferencias eclesiásticas*. Los obispos multiplican las visitas para controlar la administración y la conducta de los sacerdotes, tal como Munguía efectúa sondeos en las parroquias de varias diócesis. El recuento de las visitas pastorales sería indispensable para medir la amplitud de este fenómeno. Fenómeno que se limita a los marcos eclesiásticos, puesto que no se olvida la instrucción de los seglares: misiones, catecismo, predicación, escuelas . . . La piedad es estimulada por nuevas cofradías de devoción o de caridad y por peregrinaciones guiadas por un clero que comparte el amor de su pueblo a los seres sobrenaturales. Tales son los temas de otras tantas monografías que están por hacerse, y otros tantos capítulos que siguen vírgenes. La prueba del éxito de este despertar está en el aumento del número de las vocaciones, el crecimiento de esa plebe de sacerdotes pueblerinos que merecerían un largo estudio. Luis González nos presenta sólo algunos tipos. Esta religión clerical y popular hunde sus raíces muy hondo en el pasado, se remonta a los santos de las primeras épocas al siglo *xvi sembrado* por los grandes misioneros. La naturaleza de esta fe la percibimos más intuitiva que científicamente. Es una fe popular, y el papel del pueblo explica la ingenuidad de las creencias, el gusto por las manifestaciones masivas (de ahí los choques contra un Estado que prohíbe las manifestaciones exteriores del culto), la participación en la organización de la parroquia, de las cofradías. Dentro de esta tradición, casi exclusivamente sentimental e imaginativa, las ideas no tienen más que una parte débil. De ahí el desconcierto de los historiadores o, mejor dicho, su desinterés por el fenómeno. Por ese lado habremos de recibir mucho de los antropólogos, aunque no fuera más

que para olvidar la noción de "fanatismo", noción anticientífica por excelencia. La imaginación que alcanza esencialmente a la muerte explica la fuerza del sentimiento experimentado hacia las personas divinas, santas o santificadas, y la predilección por la Virgen y los santos locales.

Por supuesto, esta historia deberá ser capaz de darnos cuenta de las personalidades religiosas y de la diversidad de catolicismos mexicanos. El México "católico" es un cliché, una ilusión verbal. Regiones de fervor colindan con zonas de tibieza o de irreligión. La región misma es una entidad demasiado grande. El Jalisco "fanático" o el Tabasco "indiferente" son en realidad centenares de municipios, cada uno con sus particularidades. La vida religiosa de esos millares de parroquias no ha tenido jamás historiadores, y es una lástima.

Para mostrar la complejidad del problema remitiré a una observación oral de Luis González sobre la gran diferencia entre los "alteños" y los "abajos", y es que el poblado encaramado, aislado, guarda mejor sus tradiciones (y ése es el caso de San José de Gracia, Michoacán), mientras que en el poblado bien provisto de caminos, sobre la planicie, el hombre rural podrá dirigirse a la ciudad, al baile, al cine. Sería raro que al atardecer encontrara gusto en ir al templo a cantar las vísperas como lo hacía en San José, o como lo hace todavía en San Francisco de Asís. Además las ciudades también se dirigen al campo, envían sus hombres de negocios, sus paseantes, sus diputados, sus periódicos y sus modas. Esto explicaría la diferencia de naturaleza, o de nivel, entre la fe de los Altos de Jalisco y la de los Llanos.

Esta observación conduce al estudio de las relaciones con el mundo, puesto que la sociedad religiosa se halla inmersa en la sociedad global, en la que nada puede dejarnos indiferentes. Nos encontramos bajo el señorío de la interacción, sociedad profana y sociedad sagrada (pueblo de Dios y sociedad clerical) que se sostienen, se combaten y se influyen mutuamente. ¿Cuál es la acción de la sociedad religiosa sobre las familias, la economía, la política? La Iglesia refleja y refuerza, a menudo inconscientemente, las jerarquías y las oposiciones de la sociedad civil. Tiene como compañero al Estado, cuyas presiones le son en definitiva y casi siempre desfavorables, vengan de conservadores o de liberales, trátase de leyes hostiles o de privilegios, tal como lo muestra la historia de los siglos XIX y XX.

Los factores de unidad están representados por el Estado, la Iglesia y la civilización (ciencia, pensamiento, modas, economía, técnicas), pero el juego entre esas fuerzas es difícil de determinar, puesto que todas esas potencias se sitúan bajo el signo de la complejidad. La Iglesia es un conjunto de fuerzas que a menudo se contrarrestan. Y otro tanto podemos decir del Estado. En cuanto a la civilización, nada contribuye

mejor a la dispersión de las potencias que esa coexistencia, señalada por Octavio Paz, de épocas y costumbres.

La diferencia de comportamiento según los sexos, el pluralismo de las generaciones, las divergencias sociales que dividen a la sociedad en categorías socioprofesionales y arrastran una curiosa contradanza de las clases sobre el camino de la Iglesia, y en fin, las oposiciones regionales, todo ello viene a complicar nuestra labor y a multiplicar las contradicciones. Con elementos tan numerosos, las combinaciones que se ofrecen como posibilidades son casi infinitas. Y por si todo eso fuera poco, hay que tomar en cuenta las variaciones en el tiempo, hay que tomar en cuenta el hecho de que los cambios han sido rápidos y constantes, aun cuando las permanencias profundas no hayan sufrido sacudidas. Los cambios que afectan un sector social o geográfico se hacen sentir en otros sectores. La religión, como componente de la cultura mexicana, depende de la economía, de la política, y a su vez afecta a todas ellas. El catolicismo que encontramos en los diferentes niveles de las culturas mexicanas, cultura de una facción limitada por el espacio y en el tiempo, cultura de una clase, cultura regional, cultura nacional, tiene múltiples rostros y conoce múltiples cambios de ideas.

El estudio de las relaciones de esos grandes sectores de la historia necesita un material documental que está muy lejos de encontrarse reunido. Poseemos numerosas monografías sobre municipios o sobre pueblos.¹³ Si los trabajos de los antropólogos se especializan en las comunidades indígenas, los eruditos locales de la historia "parroquial" han preparado ya otro camino. De todas maneras, estamos mejor informados acerca de los indios que de los mestizos (en el sentido cultural); conocemos mejor ciertos poblados mundialmente célebres como Tepoztlán, Chan Kom, o Zinacantán que las ciudades; y los dos últimos siglos nos son todavía menos conocidos que la época colonial.

Lo que sí tenemos es la posibilidad de estudiar las crisis, como indicadores del estado religioso de la sociedad. En efecto, podemos suponer que si antes de 1810 los mexicanos gozaban de disposiciones comunes, éstas no eran de ninguna manera unánimes y que, después de esa fecha, se produjeron crisis periódicas que manifiestan y amplían las oposiciones duraderas, puesto que sobreviven en los espíritus y en los grupos organizados. Un ejemplo de la complejidad del papel de esas crisis, que son a la vez causas y efectos y después causas de nuevas crisis, sería la expulsión de los jesuitas, expulsión que trajo, entre otras consecuencias, la primera huelga en México, la de los mineros de San Luis Potosí y de Real del Catorce, que no perdonaron ni al Estado ni a la Iglesia secular la expulsión de la orden que ellos conocían. De manera semejante, los huicholes de la Sierra de Nayarit, cuando les

¹³ Véase la ponencia del grupo V, "Historias de tema regional y parroquial".

enviaron curas seculares, respondieron que querían a los frailes o no querían nada, y nada tuvieron hasta 1960.

La crisis, instante de gran brillo, decide por mucho tiempo la suerte de la práctica a causa de sus funciones o de sus ruinas, del impulso o de la negación. Fue así como la gran crisis provocada por el regalismo de los Borbones desembocó en la guerra de Independencia y explica la participación masiva del clero y ciertos aspectos de "Religión y Fueros". Es así como ese conflicto entre la Iglesia y el Estado, proseguido por ciertos liberales y ciertos conservadores, explica la decadencia de la primera mitad del siglo XIX. Es así como la persecución religiosa de los años 1926-1938 explica el despertar de una fe más mística y ardiente que nunca.

Las primeras pasiones se desencadenan en torno a la riqueza de la Iglesia, desde los Borbones hasta Lerdo de Tejada. Se hace necesario perseguir de nuevo el crecimiento de la riqueza de la Iglesia para encontrar el crecimiento paralelo de la envidia y de la cólera que extirpan la devoción. La guerra, la gran crisis de la civilización, de 1810 a 1821, conmociona, disloca a la Iglesia y a la sociedad. Arrastra interrupciones, rupturas, exaltaciones también; los desastres del siglo XIX, más tarde los de la Revolución, hicieron florecer mucho a las cofradías, mientras que disminuía la asistencia a la misa.

La persecución religiosa fue la gran prueba de la Iglesia. Convendría hacer la estadística y la sociología de los cismáticos de la Iglesia católica, apostólica, mexicana del patriarca Pérez. Incluso si fueron poco numerosos, o aunque el gobierno haya tirado de las cuerdas, el caso no carece de interés.

En agosto de 1926 se inicia la sublevación popular, en el momento en que los cultos se suspenden. ¿En qué medida el levantamiento se debe a la fidelidad religiosa? ¿Qué parte correspondió a cada localidad? Es éste el tema de mi tesis, pero aún es temprano para responder. En el curso de las crisis que la han afectado desde hace dos siglos, la Iglesia ha sufrido derrotas, y es necesario escribir el capítulo de los progresos de la irreligión, distinguiendo el anticlericalismo religioso del anticlericalismo dirigido contra la persona del sacerdote. La Iglesia se ha conservado en parte, ha resistido y ha reaccionado, como en el caso del despertar de finales del siglo pasado, o como en el caso de su actividad política y sindical de los años 1910-1925. La Revolución quebró los marcos del culto y del control, como la gran prueba de la práctica religiosa en el país (en ciertas regiones el bautismo fue prohibido). De ahí que todos los índices locales de supervivencia o ruina de los usos religiosos durante los disturbios sean más valiosos para nosotros que los enormes y pacíficos balances del porfiriato.

En fin, dos grandes problemas no han sido tratados aún: primero, ¿en qué medida el catolicismo resiente en México la marca del carác-

ter nacional, en qué medida corrige las disposiciones ordinarias de los mexicanos? Y segundo, ¿cuáles son las relaciones entre religión y tensiones sociales? Cuestión ésta que podemos descomponer en dos interrogantes: ¿cuál es la actividad de los cuerpos religiosos frente a las tensiones sociales? (las política obrera y agraria de la iglesia, el sindicalismo cristiano, el partido católico nacional, todo esto entraría como ejemplo). ¿Es la religión un factor de conflictos? (toda la historia de México entra en esta pregunta).

Es justamente esta relación entre la Iglesia católica y las tendencias sociales la que permite aprehender el problema de los protestantismos mexicanos. Hasta hace poco se podía hablar de un fracaso relativo del protestantismo acompañado de éxitos locales bastante curiosos, como son los casos de las comunidades de la Sierra Gorda y de la huasteca (entre Xilitla y Pisaflores) durante el siglo pasado. En un mundo que muestra tanta devoción a la Virgen y a los santos, a los seres sobrenaturales y a los difuntos, no es de extrañar que las predicaciones protestantes hayan encontrado poco éxito al atacar usos tan queridos. Y a pesar de todo hay un protestantismo mexicano, mal conocido ciertamente, pero apasionante. Sería fácil trazar su mapa, precisar su composición social y sus motivos, que siempre ven que el sentimiento vence a la argumentación teológica, como ocurre, por lo demás, también entre los católicos. Trabajo que se facilita por ser pequeño su número. Las causas de la resistencia o de la adhesión al protestantismo nos iluminarán acerca de la vitalidad del catolicismo. Distingamos un protestantismo del siglo xix, mínimo, que logró un éxito bastante mediocre porque estaba apoyado por el Estado mexicano, por los Estados Unidos, porque se trataba de un protestantismo de Iglesia, y de Iglesia a Iglesia se prefirió entonces a la romana. Ello no excluye los interesantes éxitos rurales que responden justamente a situaciones de privación o de frustración. Y un protestantismo del siglo xx, pobre, de evangelización radical, baptista, adventista, pentecotista, protestantes de las asambleas de Dios que se dicen católicas y que mañana podrían serlo efectivamente, como esos protestantes de la Costa Grande de Petatlán, que retornaron al seno de la iglesia. Místico, inspirado, cercano a Dios, sin exigencias dogmáticas, ese protestantismo se asemeja a menudo a un catolicismo de los medios rurales, sin sacerdote, que esperan todavía a su misionero o su retorno. Se asemeja por lo demás a un catolicismo antisacerdotal, ya que el sacerdote desempeña un papel negativo en las tensiones sociales al estar en servicio de las potencias de opresión o al ser él mismo opresor (de ahí que sea esencial estudiar el clero, su formación, su actividad, su riqueza, su moral).

Es también el protestantismo de tierras recién pobladas donde la Iglesia no alcanza a los emigrados. Tierra caliente del oeste, del sur, del golfo, del norte, desde entonces más americanizado. He ahí una situa-

ción que puede cambiar, que está cambiando puesto que la Iglesia católica ha recogido el desafío y las dos confesiones luchan a toda prisa por cristianizar a individuos que nunca antes lo habían sido. Señalaré entre las numerosas familias espirituales protestantes, un curioso movimiento con fuertes tendencias milenaristas, el de los trinitarios o marianistas que no soportan que se les llame protestantes, y cuya fe se asienta en revelaciones privadas hechas al fundador y en el culto de la Virgen, del Sagrado Corazón, de San José y de la Trinidad. Movimiento sobrenatural y paracletista que afirma la salvación colectiva para sus fieles y la salvación terrestre para el Nuevo Mundo y para México, siendo México la Nueva Jerusalén en donde se fundirán todas las razas. La salvación es eminente y será total.

Nuestro mundo moderno, nuestra historia no será inteligible hasta que se haya definido claramente la parte de la religión en la vida de las masas. Ese programa de investigación incluye las representaciones, las prácticas, las organizaciones, los sistemas. Hay que estudiar las creencias, los dogmas, las reglas de derecho, las revelaciones, el culto, las artes, las formas, aquello que es a la vez la obra de hombres ilustrados, de grupos cerrados o de muchedumbres inmensas. ¿Por qué ha concedido hasta aquí tan poco interés a las religiones vivas y tanto a las religiones muertas? La obediencia a sus mandamientos ocupa, modela a millones de personas, puesto que la religión es un hecho social por excelencia, un tema de historia social pura, podría decirse. La sociología francesa ha llevado la demostración a su extremo diciendo que es lo social lo que crea lo sagrado. En todo caso, si las sociedades profanas no crean dioses, "ofrecen a toda religión una cuna y un alimento" (Le Bras). De la proposición inversa, que toda sociedad resiente la acción de las estructuras y de las fuerzas religiosas, no se ha comenzado, en lo que respecta a la historia de México, a sacar consecuencias. Es por ello que me he detenido a sugerir empresas científicas que deberían interesar a los hombres de acción, puesto que son ricas en enseñanza sobre el comportamiento de los hombres.¹⁴

¹⁴ Bibliografía:

- Alcalá Alvarado, Alfonso, *Una pugna diplomática ante la Santa Sede. El restablecimiento del episcopado en México, 1825, 1831*. México, 1967.
 Barquín y Ruiz, Andrés, *José de Jesús Manríquez Zárate*. México, 1952.
 Barquín y Ruiz, Andrés, *Monseñor J. M. González Valencia*. México, 1957.
 Brambila, Crescenciano, *El Seminario de Colima*, 1966.
 Brambila, Crescenciano, *El Obispado de Autlán*.
 Brambila, Crescenciano, *El Obispado de Colima*, 1964.
 Bravo Ugarte, José, *Cuestiones históricas guadalupanas*. México, 1966.
 Bravo Ugarte, José, *Munguía, obispo y arzobispo de Michoacán (1810-1868) Su vida y su obra*. México, 1967.
 Barba González, Silvano, *La rebelión de los cristeros*. México, 1967.
 Camberos Vizcaíno, Vicente, *Francisco el Grande. Mons. Francisco Orozco y Jiménez, biografía*. (2 vols). 1966.

VII. HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

No se trata aquí de una exposición de historia sociocultural, sino de proposiciones de investigación que nos permitirán rendir homenaje al doctor José Gaos, cuya reciente muerte fue (y perdonen el lugar común tremendo de la fórmula, pero ella corresponde a la realidad) una pérdida irreparable. La historia —nos solía decir— es inmensa, diversa, indefinida, a la vez científica, filosófica y estética. La historia social, de las ideas, de las creencias y de los sentimientos se encuentra en un cruce de caminos que señala la necesidad de encuentros interdiscipli-

Cassaretto, Mary A., *El Movimiento protestante en México 1940-1955*. Guadalajara, 1960.

Dávila Caribi, Ignacio, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara* (3 vols.), 1957-63 (sigue la publicación).

Escobedo Arana, Jesús Salvador, *Ideario y ambiente jurídico-político de Clemente de Jesús Munguía*. Guadalajara, 1953.

Garibay, Ángel Ma., *Presencia de la Iglesia en México*. México, 1966.

García Gutiérrez, Jesús, *La masonería en la historia y en las leyes de México*. México, 1957.

Hurtado, Arnulfo, *El cisma mexicano*. México, 1956.

López Austin, Alfredo, "Los temacpalitotique. Brujos, profanadores, ladrones y violadores", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vi, 1966, pp. 97-117.

Estrada, Antonio, *Rescoldo*. México, 1961.

Meyer, Jean A., "Pour une sociologie des catholicisme mexicains", *Cahiers de Sociologie Economique*. Universidad de Rouen, Havre, 1965, pp. 82-103.

Peñaloza, Joaquín A., *Monseñor Miguel de la Mora, el obispo para todos*. 1963.

Navarrete, Heriberto, *Por Dios y la patria*. 1961.

Navarrete, Heriberto, *El voto de Chema Rodríguez*. 1964.

Navarrete, Heriberto, *Los cristeros eran así . . .* 1968.

Olivera, Mercedes, "Notas sobre las actividades religiosas en Tlaxiaco", *Anales de INHA*, 1962.

Oliveira Sedano, Alicia, *Aspectos del conflicto religioso 1926-9, sus antecedentes y sus consecuencias*. México, 1966.

Peñaloza, Joaquín Antonio, *La práctica religiosa en México siglo XVI. Asedios de sociología religiosa*. México. Jul., 1969, 282 pp.

Rius Facius, Antonio, *México cristero, Historia de ACJM*. México, 1960.

Ruiz Martínez, Jorge, *Apuntes históricos acerca de la venerada imagen de Nuestra Señora de los Dolores de Soriano*. México, 1967.

Rubio, Elena, *Aportación al estudio histórico de las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado mexicano durante los gobiernos de Obregón y Calles*. UNAM, México, 1964.

Torre Villar, Ernesto de la "La Iglesia en México de la guerra de Independencia a la Reforma. Notas para un estudio", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, I, 1965.

Treviño, J. G., *Mons. Martínez, Arzobispo primado de México*. Madrid, 1959.

Vázquez Vázquez, Elena, *Distribución geográfica y organización de las órdenes religiosas de la Nueva España. siglo XVI*. UNAM, México, 1965.

Zambrano, Francisco, *Diccionario biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, vol. vi, México, 1966.

nares. Es, a menudo, en las fronteras donde los pioneros realizan los descubrimientos más hermosos, y una frontera, por definición, se sitúa entre dos mundos. La fórmula "historia de las mentalidades" tiene el interés de no ser demasiado precisa, de mantener polivalente y factible la historia de las ideas: si los hombres están movidos por la razón no hay que olvidar que también lo están por sus intereses y sus pasiones. Paul Hazard, cuya lectura recomendaba el doctor Gaos, propuso una ley de los balances según la cual una cultura se afirma unas veces como predominantemente racionalista y otras como predominantemente sentimental, y limitaba inmediatamente su afirmación al precisar que los hombres de sentimientos y los hombres de razón coexisten en la misma sociedad y que la razón y la oscuridad se reparten el corazón del hombre mismo. Cuestión de dosis, cuestión de elementos dominantes que darán su color a una sociedad, a una época. Hay una historia visible, una historia solar, de superficie o más bien una serie de cimas, y una historia subterránea de la civilización, una historia según los latidos, marcada por el retorno de los reflujos. También lo irreductible, lo ilógico, es accesible a nuestra razón de historiadores. Daré sólo una prueba: el doctor Gaos propuso como tema de tesis, a una de sus alumnas de la última generación, el amor y sus representaciones a comienzos de la vida independiente de México.

No puede descubrirse ninguna ley, en el sentido físico del término, que presida los destinos de las mentalidades colectivas. Ninguna ley, sino la de las coexistencias. Michel Foucault desprecia la historia y su continuidad, se opone a toda doxografía y no admite las transmisiones de edad a edad. Ahora bien, no es evidente que todos los hombres de un mismo tiempo sean exactamente contemporáneos, ni siquiera que los pensamientos de un hombre pertenezcan al mismo universo mental. Podría demostrarse la sobrevivencia del universo borbónico o al contrario, del universo habsburgués entre los delegados mexicanos a las Cortes, y al mismo tiempo, la intrusión de un nuevo pensamiento que niega el universo anterior. Mora, por ejemplo, es el contemporáneo de los Borbones del siglo XVIII al mismo tiempo que de las Cortes. Sus parientes son a la vez dos españoles reformistas: reformismos de Jovellanos y liberalismo político y anticlericalismo regalojansenista.

No podemos fiarnos de las apariencias, pues una generación puede levantarse contra la herencia que le transmite la precedente al aceptarla como un hecho. Puede también, de hecho, tomar el curso inverso, o no. El problema de las continuidades, de las rupturas, es uno de los más espinosos. ¿Quién rompe verdaderamente con el pasado —y con cuál pasado—: los liberales o los conservadores? ¿La Revolución de 1910 se volvió hacia el futuro, o su inspiración es colonial? ¿El conflicto religioso de 1926, no continúa acaso el conflicto del siglo XVIII? ¿Zapata y sus hombres no sostienen el mismo combate, no tienen las mismas

aspiraciones que las comunidades de la época colonial? Si no podemos aún responder a estas preguntas, ello prueba nuestro retraso en este terreno, y esos cambios de mentalidades, que en muchos casos condicionan las mutaciones estructurales, siguen siendo poco conocidos. En el extranjero se realizan trabajos y vemos aparecer nuevas definiciones de las clases sociales que ponen el acento en los caracteres psicológicos y culturales, el género de vida, la educación, las aspiraciones.

Por su parte la historia literaria, protegida de los peligros del esteticismo por la historia social, permite precisamente ese psicoanálisis histórico que tanta falta nos hace de un tema ausente, puesto que se evade en el pasado. Las preocupaciones sociales recientes de la historia literaria ayudan a definir al público, las relaciones entre la condición social del escritor y la creación literaria y, por fin, las razones del gusto de una sociedad. La historia literaria provee también testimonios para la historia social, y sería muy importante que comenzaran investigaciones sobre los hábitos de lectura de los grupos sociales y su evolución. Luis González da indicaciones de este tipo: "Había poca cultura literaria, no obstante los esfuerzos del padre Othón para que la gente leyera. Prestaba y recomendaba libros y él mismo ponía el ejemplo al terminar el rosario, cuando leía durante un cuarto de hora algunos párrafos de libros piadosos. El hábito de la lectura se inició antes en las mujeres que en los hombres. En las tertulias preponderantemente femeninas se leía el *Arco iris de la paz* (explicaciones de los misterios del rosario), el *Año cristiano* (colección de vidas de santos), la *Imitación de Cristo*, *Estaurófila* y la historia de *Genoveva de Bravante*." ¹⁵

Este ejemplo prueba bien que no debemos limitarnos a las que llamamos las "grandes obras"; habrá que privilegiar obras mediocres, las novelas comunes que dan la representación que una sociedad se hace de sí misma y que por su éxito masivo y persistente revelan las estructuras profundas. En esta investigación no se habrán de olvidar los aspectos materiales de la producción y de la difusión. Al lado de la historia del libro, y algunas veces más importante que ella, sobre todo en el siglo xix, la historia de los "folletos" puede revelar no solamente la invención, sino la difusión y esquematización de las ideas religiosas y políticas. Volviendo a Paul Hazard, nos falta el esfuerzo inmenso que se necesita para buscar el clima mental de una época en la correspondencia, en los diarios, las memorias. Es de una verdadera sociología histórica el inventario de las imágenes, de los esquemas, de los pensamientos, de las categorías mentales que varían de edad en edad, de grupo en grupo, de región en región.

Luis González nos invita a atacar la misma empresa en lo referente a la cultura popular, que, decididamente religiosa hasta hace poco, ganaría mucho al ser estudiada a la luz de la sociología religiosa evocada

¹⁵ Luis González. *Pueblo en vilo*, p. 147.

antes. Sin hablar de la *Buena Prensa* del siglo xx, existieron en todo tiempo editoriales especializadas en calendarios, folletos técnicos, innumerables obras de piedad, cancioneros, colecciones de cuentos, de diálogos, recetas médicas y recetas de cocina. Veríamos entonces los dos grandes niveles de la sociedad mexicana, por un lado los ilustrados, los sabios, los filósofos y sus lectores, y por otro el pueblo que se preocupa del viaje a la luna o de la llegada de las lluvias. Es a ese nivel a donde apunta la intuición de Paz: la oposición entre los jacobinos y los peregrinos de Pedro el Ermitaño. García Icazbalceta pudo perfectamente arruinar los fundamentos científicos de la Virgen de Guadalupe, pero la consagración legendaria sobrevivió a esos relatos. Cuando conozcamos esos medios culturales, sus relaciones, o mejor, eso que a título de hipótesis creemos que es la ausencia de comunicación, nos podremos explicar cómo los jacobinos de 1926 pudieron lanzarse a la ligera en el aventurismo antirreligioso.

Podrían inventarse medios de aproximación semejante para otras tantas formas de expresión: música, teatro, pintura, al relacionar las capas sociales con el gusto de los públicos. Pastorelas, cánticos, alabados, representaciones religiosas y procesiones para los "de abajo"; ópera, teatro y pintura internacional para los de "arriba". Los gustos de los segundos son bien conocidos, los de los primeros todavía se encuentran en la oscuridad. El arte revolucionario, el muralismo en particular, sería tratado aparte.

En fin inspirados y no inhibidos por el estructuralismo, sería necesario estudiar el lenguaje de los unos y de los otros, patrimonio social y viviente. Luis González tocó el problema al hacer inventarios verbales, en desorden alfabético, que pudieron parecer a algunos como efectos de estilo, pero que son efectivamente poderosos reveladores: "Podría imaginarse una psicología de los pueblos que reposara en el examen de los sucesivos cambios semánticos atestiguados en las lenguas que se hablan" (Vendryes). Podrían lanzarse encuestas limitadas a grupos escogidos, pero representativos de la élite y del pueblo para estudiar el vocabulario político, religioso, amoroso, y con esto no terminaríamos la lista.

Habría que comenzar, por ejemplo, por lo más sencillo, recoger de la prensa política del siglo xix las nociones clave con sus frecuencias, trabajo previo para preparar una lista provisional, como hipótesis, de sus nociones políticas. El doctor Gaos preparó a varias generaciones en ese género de lectura. Estamos conscientes de los límites e inconvenientes de la empresa, pero ésta no ha comenzado todavía y las ventajas son tan grandes . . .

En fin, las investigaciones acerca de la enseñanza no deben descuidarse. En el Colegio de México se aceptó este año un tema de tesis en ese sector. Cuando se sabe la importancia que dieron a la educación el siglo xix y después de él la Revolución, se explica por qué ansiamos

conocer la historia de los profesores, de los alumnos, de los programas, de la pedagogía, pues si las instituciones escolares son el fruto de transformaciones socioeconómicas, contribuyen también a precipitarlas y revelan una sociología cultural. La enseñanza, como el lenguaje, está en retraso respecto de la cultura, y habrá que tomar en cuenta el grado de esa ruptura. Aquí el campo es todavía vasto: escuelas estatales, escuelas protestantes, colegios religiosos, seminarios, universidades, programas, reformas desde la escuela lancasteriana hasta la escuela socialista... No puede olvidarse que, por ejemplo, la enseñanza de la historia, después de su elaboración, revela ciertos aspectos de las mentalidades colectivas. No se trata evidentemente de la disciplina científica, sino de la leyenda sagrada al servicio de una ideología empeñada en "forjar patria".

Esos trabajos nos permitirán desenmascarar la ruptura que existe entre las ideologías y las realidades sociales y explicar así su importancia para reorganizar la realidad nacional. El fracaso final de los liberales, su mutuación porfirista, ¿no se explica acaso por la inadecuación entre la ideología y la realidad mexicana? Ideología burguesa sin burguesía que, sin las provisiones de Justo Sierra, debía engendrar esa burguesía indispensable para el desarrollo del país. Del positivismo nos ha dicho Leopoldo Zea, hace tiempo, que respondía a las necesidades del momento social, y al mismo tiempo, que su relación con el grupo social dirigente era muy diversa de la que existía en Europa. Es esto lo que Paz llama la "simulación porfirista", reveladora de una situación social peligrosa. Todas esas contradicciones aparentes entre ideología y sociedad exigen un nuevo examen, un nuevo acercamiento histórico a la cultura mexicana.¹⁶

¹⁶ Bibliografía:

Las dos mesas redondas de la IIIª Reunión sobre "Problemas de Historia de las Ideas" y "El contenido Social de la Literatura y las Artes", nos permiten limitar al extremo las indicaciones bibliográficas en ambos sectores. Deberá consultarse la colección *El mexicano y lo mexicano*, 1969.

Bremauntz, Alberto, *Batalla ideológica en México*. México, 1962.

Cardiel Reyes, Raúl, *Del modernismo al liberalismo, la filosofía de Manuel María Gorrino*. México, 1967.

García Cantú, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962*. México, 1965.

Gelskey Beier, Frank, *Las novelas cristeras de Jorge Gram*. UNAM, 1957.

Gelskey Beier, Frank, *La literatura cristera después de Jorge Gram*. UNAM, 1958.

Gelskey Beier, Frank, *Historia e ideología de la filosofía cristera*. Universidad de Salamanca, 1961.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México*. México, 1965.

Ibargüengoitia, Antonio, *Filosofía mexicana en sus hombres, en sus textos*. México, 1967.

López Cámara, Francisco, *La génesis de la conciencia liberal en México*. 1954.

VIII. PERMANENCIA DE LOS PROBLEMAS E HISTORIA DE LAS RESISTENCIAS

Lo que resalta de lo poco que sabemos es, finalmente, la estabilidad de las estructuras, mal conocidas y tan permanentes como los proble-

Melma Sztejn, Anita, *El pensamiento sociológico del positivismo mexicano*. UNAM.

Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano* (3 vols.) 1961.

Moreno, Daniel, *Manuel Crescencio Rejón, pensamiento político*. 1968.

Tavera Alfaro, Xavier, *Tres votos y un debate del congreso constituyente 1856-7*. Xalapa, 1958.

Valadés, José, *El pensamiento político de Benito Juárez*. 1956.

Valadés, José, *Don Melchor Ocampo, reformador de México*. 1954.

Villoro, Luis, *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*, 1953. (reed. 1958).

Yáñez, Agustín, *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas, su obra*. 1962.

Zuno, José G., *Nuestro liberalismo*, Guadalajara, 1956.

Historia de la educación

Almada, Francisco R., "La Reforma educativa a partir de 1812", *Historia Mexicana*. 1968, pp. 103-125.

Alvear Acevedo, Carlos, *La educación y la ley, la legislación en materia educativa en el México independiente*. México, 1963.

Bravo Ugarte, José, *La educación en México*. México, 1966.

Bravo Ugarte, José, "Datos sobre la fundación de los seminarios diocesanos de México y sus confiscaciones", *Memorias Academia Mexicana de la Historia*, xi: 2, 1952, pp. 150-157.

Cantón, Wilberto, *Justo Sierra*. México, 1967.

Gallegos, José Ignacio, *Apuntes para la Historia del Instituto Juárez de Durango*. Durango, 1950.

Gallo Martínez, Víctor, "La educación preescolar y primaria", *México 50 años de revolución, la cultura*. 1962.

García Ruiz, Ramón, "Historia de la educación en Jalisco", *Historia Mexicana*, vi: 4, 1957, pp. 548-71.

González de Cosío, Francisco, "Disertación queretana", *Historia Mexicana*, vi: 4, 1957.

González Navarro, Moisés, "La instrucción pública" en Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México, El Porfiriato, La vida social*. 1957.

Hernández Espinosa, Francisco, *Historia de la educación en Colima*. 1950.

López Carrasco, *Historia de la educación en el Estado de Oaxaca*. 1950.

Manzano, Teodomiro, *Historia de la educación primaria en el Estado de Hidalgo*. 1950.

Mayo, Sebastián, *La educación socialista en México, el asalto a la Universidad Nacional*. 1954.

Mendirichaga Cueva, Tomás, "La Universidad socialista de Nuevo León", *Humanistas*, 9, 1968, pp. 361-88.

Romero Flores, Jesús, *Historia de la educación en Michoacán*. 1950.

Vázquez de Knauth, Josefina, "La República Restaurada y la educación: un intento de victoria definitiva", *Historia Mexicana*, 1968, pp. 200-211.

Deberán consultarse también los volúmenes de La Vida Social de la *Historia Moderna de México* y el tomo iv de *50 años de Revolución Mexicana*.

mas. Si la historia de los movimientos no se ha hecho, no tenemos tampoco historia de las resistencias que nos han descubierto los sociólogos cuidadosos de suprimir todos los obstáculos al "social change". Es esta historia de profundidad de las mentalidades la que nos permi-

Historia literaria

- Abreu Gómez, E., *Martín Luis Guzmán*. México, 1968.
 Cardoza y Aragón, Luis, *Círculos concéntricos*. Xalapa, 1967.
 Castellanos, Luis, A., "La novela de la revolución mexicana", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 62. Madrid, 1965.
 Estrada, Ricardo, "Los indicios de Pedro Páramo", *Universidad de San Carlos*, 1. Guatemala, 1965.
 González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días* 9ª ed., 1967.
 Maza, Francisco de la, "Un libro romántico", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 36, 1967.
 Monterde, Francisco, "La Intervención, tema en el teatro mexicano", *Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano*, 1965, pp. 150-159.
 Ochoa Campos, Moisés, *La oratoria en México. Antología desde la independencia a la época actual*. México, 1968.
 Valenzuela Rodarte, Alberto, *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica*. México, 1967.

Historia del arte

- Arteaga, Beatriz (ed.), "Documentos para la historia del arte en México en el siglo XIX", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, xxxvi, 1967.
 Fernández, Justino, *El arte del siglo XIX en México*. México, 1967.
 Baqueiro Foster, Gerónimo, "Apuntes para la historia de la música en México", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, xvi, 1967.
 Guillén, Pedro, "El mural y el libro en la Revolución", *Política*, 23 agosto, 1962.
 Pupo Walker, Enrique, "Los de abajo y la pintura de Orozco. Un caso de correspondencia estética", *Cuadernos Americanos*, sept.-oct., 1967, pp. 237-254.
 Reyes, Valerio Constantino, "Las pinturas en el papel de amate de Ixmiquilpan", *Boletín del INAH*, 27, 1967.
 Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México durante el porfirismo, 1900-1910*. México, 1968.
 Tibol, Raquel, *Historia general del arte mexicano, época moderna y contemporánea*. México, 1965.
 Tibol, Raquel, *Siqueiros, introductor de realidades*. UNAM, México, 1961.
 Toscano, Salvador, *Juan Cordero y la pintura mexicana en el siglo XIX*. 1946.
 Siqueiros, David, *El Muralismo en México*. 1950.

Arte y pueblo

- Baqueiro Foster, Gerónimo, "La revolución y sus cantos", *Revista del conservatorio*, oct. 1964. "La charrería", *Artes de México*, xiv: 99, 1967.
 Flores Guerrero, Raúl, "El barroco popular de Texcoco", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 24, 1956.
 García Maroto, Gabriel, *Arquitectura popular*. 1954.
 Montenegro, Roberto, *Retablos de México*. 1950.
 Mendoza, Vicente T., *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*. México, 1958.

tirá alcanzar las resistencias (juicios, sentimientos, actitudes) variables según los grupos y según los problemas. Al lado de estas resistencias de lo mental, se encuentra el problema del freno de la estructura social. Las condiciones del tradicionalismo, del conservadurismo real, aun cuando las apariencias engañen, aquello que Véliz llama el "hábito hispánico" ha sido demasiado descuidado. En el presente se interesan por ello los sociólogos, y aun cuando las dificultades que encuentran resultan de su insuficiente formación histórica, yo no podría reprochárselos. Por el contrario, ellos tendrían derecho de reprochar a los historiadores su falta de interés por esos problemas que no pueden comprenderse con profundidad de un pasado, algunas veces demasiado cercano, otras ya muy lejano. Hasta ahora nos hemos interesado en las revoluciones, porque aparentemente han triunfado, aun cuando nada prueba que el conservadurismo haya sido vencido con los conservadores, puesto que Lucas Alamán mismo se complace en denunciar el conservadurismo social de los liberales, cuando en su *Historia de México* los conmina a escoger entre Hidalgo, seguido por hordas populares, e Iturbide, el padre de la Independencia criolla. De labios afuera cantan las alabanzas de Hidalgo, pero Zavala, Mora, Gómez Farías, ¿acaso no votaron por el Imperio? La ruptura política entre los liberales y conservadores no se logra antes de la Reforma, y las décadas que siguen muestran que el conservadurismo social criollo continúa a todo lo largo del siglo. En fin de cuentas el liberalismo había quizás contribuido a minar las conductas tradicionales, pero muy tardíamente, y quizás nada efectivamente. Conservadores y liberales, ¿no son en realidad más complementarios, que antagonistas? Ésa es al menos la impresión que tenemos en el plano de las ideas. ¿Cuál es la realidad social?

Cuando tengamos respuestas o principios de respuestas a todos esos problemas, podremos escribir esas historias sociales que nos hacen falta, de la Independencia, de la Reforma, del Imperio, del Porfiriato y de la Revolución. Para limitarnos sólo a la Revolución, señalemos algunos problemas: ¿Por qué la fuerza campesina fue puesta finalmente a disposición de otros grupos? (Grupos mal conocidos también, como los demás, pues ¿quiénes son los reyistas, lo felicistas, etcétera?) La Revolución triunfante que volvió a lanzar a México por las vías del progreso y de la modernización ¿acaso no hizo imposible la utopía que soñaban los zapatistas? La Revolución rompió el antiguo sistema agrario, pero permitió que surgieran nuevas formas de explotación. Cuando el esfuerzo de los hombres rurales no coincidió ya con el de las clases dirigentes, su papel se hizo nulo, o fueron barridos. ¿Podemos proponer esto

Zuno, J. G., *Las artes populares en Jalisco*. Guadalajara, 1957.

Habrá siempre que recurrir a la *Historia Moderna de México* para la época 1867-1910. Para evitar repeticiones no hemos incluido los títulos de esta obra en las bibliografías parciales.

como hipótesis de trabajo? ¿Podrá decirse que una "burguesía" en formación tomó el poder mientras que la dominación de los notables rurales se mantenía casi intacta en el campo, y que para asegurar la hegemonía tuvo una inteligencia política tan grande como la de los liberales del siglo pasado? Era bien difícil apoyarse sobre un campesino cuyos proyectos eran divergentes y hasta opuestos entre sí, como lo prueban la muerte de Orozco, de Zapata, de Villa. Era necesario, pues, apoyarse en las ciudades y en el proletariado urbano y fomentar la unión de las nuevas clases dirigentes con los obreros, lo que significaba una política de progresismo social y de desarrollo económico. ¿No es acaso ésa la significación simbólica de los Batallones Rojos, del pacto entre los obreros y el constitucionalismo?

¿Sobre qué fuerzas sociales se apoyaba Calles para ser capaz de resistir a tantos enemigos e iniciar la edificación del México contemporáneo? ¿Qué representa el cardenismo? No podemos más que presentar esquemas que serán verificados, desechados o modificados el día en que conozcamos la realidad de cada uno de esos periodos.

Notas Técnicas

A. El historiador puede sacar un enorme provecho de los trabajos de sus colegas en disciplinas vecinas. Encontrará al sociólogo y al antropólogo, que son historiadores sociales en potencia y que nos ofrecen hermosas monografías descriptivas, más sociográficas que sociológicas. Remitimos a los títulos de publicaciones de la UNAM, Museo y Escuela de Antropología, *Revista de Sociología Mexicana* y *América Indígena*.

B. Para la historia contemporánea, historia en archivos hoy encerrados y mañana tal vez destruidos, historia que habrá que preparar para nuestros sucesores, todos los medios son buenos y toda información preciosa. El historiador tendrá interés en transformarse en encuestador, entrevistador: ya que "pocos compatriotas nuestros, así se cuenten entre los más destacados por su papel político, militar o social, escriben sus memorias . . . Tampoco abundan en México los diarios, los epistolarios, o los archivos privados, ni nada, en fin, capaz de contrarrestar, al menos en parte, las consecuencias negativas que para el sentimiento global de los mexicanos tiene nuestra repugnancia a ponernos por escrito. Callamos, junto con el relato de nuestra vida, la propia interpretación o valoración de los hechos, en que nos tocó estar". Martín Luis Guzmán: "Las memorias de Luis Aguirre Benavides", *Revista de la Universidad*, *xxi*, núm. 1, sept., 1966, p. 5.